

Bogotá, ciudad de contrastes e iniquidad. Aporte desde la misericordia

Dila Alexandra Guerrero Guerrero – Amerindia Colombia¹

RESUMEN

Este artículo aborda la ciudad de Bogotá, como referente de ciudad moderna, grande, heterogénea, y capital del país. Este abordaje se realiza desde las situaciones estructurales de injusticia social que definen la iniquidad, presente en esta ciudad, para entender su génesis desde el proceso histórico de configuración de la ciudad. Con esta comprensión se busca aplicar el Principio Misericordia, expresado en un encuentro de la ciudad con el Cristianismo, para definir algunas acciones político simbólicas que se podrían implementar con el fin de encausar las transformaciones que serían necesarias desde el Evangelio.

PALABRAS CLAVE

Ciudad, iniquidad, injusticia social, misericordia, cristinianismo, pecado estructural.

INTRODUCCIÓN

En el Año de la Misericordia, propuesto por el Papa Francisco, con el objeto de que todos nos acerquemos a descubrir, contemplar y vivir la misericordia de Dios, es pertinente abordar este término de manera más precisa, con el fin de profundizar un poco en esta expresión e identificar sus múltiples aplicaciones, todas necesarias en este momento histórico de relativismo e individualismo a todo nivel.

En este artículo abordaré la ciudad, como un lugar privilegiado para la reflexión teológica, desde la expresión Principio Misericordia. La ciudad es desde hace varias décadas, la tendencia

¹ Magister en Teología, Pontificia Universidad Javeriana, 2015. Profesional en Pedagogía, Universidad Externado de Colombia, 2003. Administradora de Empresas, Pontificia Universidad Javeriana, 1993. Publicó en la revista Reflexiones Teológicas No. 10- Julio-Dic. 2012. Secretaria General Centro de Anuncio, Formación en la Fe y Diálogo con la Cultura, Vicaria de Evangelización, Arquidiócesis de Bogotá, 2016.

mundial de convivencia: ciudades cada vez más grandes, más complejas, más heterogéneas, más ciudades.

Para aplicar el Principio Misericordia a la ciudad, específicamente a Bogotá, empezaré por definir la expresión, para luego buscar su aplicación a este entorno concreto. Para esto, inicialmente se hará una reseña histórica de ésta ciudad y su configuración como tal, con el fin de entender las situaciones sociales actuales que se viven, para analizarlas desde el Principio Misericordia, que se expresa en un encuentro de la ciudad con el Cristianismo.

Específicamente, el artículo se centra en situaciones estructurales de injusticia social, que se evidencian fácilmente en Bogotá, como también, discriminación, falta de oportunidades, desigualdad, corrupción, en una palabra, iniquidad.

Este trabajo entiende la iniquidad como el pecado estructural, la inclinación natural de las personas hacia el pecado, hacia la injusticia, la maldad inicua y hacia la transgresión de la ley. Para entender la iniquidad, es preciso reconocerla en el entrelíneas de las dinámicas históricas, en la cotidianidad de las costumbres comúnmente aceptadas, en los avances de la humanidad que buscan el bien común, en el progreso del hombre que lo hace más civilizado e incluso, en la fe de los creyentes.

Por lo tanto, este artículo busca aplicar el Principio Misericordia a las dinámicas iniquitativas de Bogotá, como la capital del país, a partir de una sucinta reseña histórica, que conducirá a identificar los elementos iniquitativos de la configuración de Bogotá como ciudad y cómo éstos son interpelados por el Cristianismo, en el Principio Misericordia.

1. Definición del término: Principio Misericordia

La Real Academia Española de la Lengua define el término “misericordia” como la virtud que inclina el ánimo a compadecerse de los sufrimientos y miserias ajenos o como el atributo de Dios, en cuya virtud perdona los pecados y miserias de sus criaturas².

Sin embargo, de manera más cotidiana, esta palabra puede entenderse desde varias concepciones popularmente aceptadas, pero tal vez un tanto superficiales, por lo que pueden no ser verdaderas o correctas. Por ejemplo, puede asimilarse sólo a compasión, con el peligro de que no vaya acompañada de una práctica misericordiosa; sólo obras de misericordia, sin analizar las causas

² <http://dle.rae.es/?id=PO8rYsZ>. Real Academia Española de la lengua. En permanente consulta.

del sufrimiento o la transformación de las estructuras; o sólo actitudes paternas que pueden convertirse en paternalismo, como la actitud de acostumbrarse a pedir y obtener sin mayor esfuerzo. Por esto, no se habla simplemente de "misericordia", sino del "**Principio-Misericordia**", entendido como: "un específico amor que está en el origen de un proceso, pero que además permanece presente y activo a lo largo de él, le otorga una determinada dirección y configura los diversos elementos dentro del proceso. Ese "Principio-Misericordia" -creemos- es el principio fundamental de la actuación de Dios y de Jesús, y debe serlo de la Iglesia" (Sobrino, 1992, p. 32-33)³.

Cuando se habla de un específico amor que está al origen de un proceso, se refiere a ese dinamismo primero de observación, conmoción y reacción frente a una situación de iniquidad o de sufrimiento de otros seres humanos, sin que medie ningún mérito o vínculo o incluso antecedente entre quien sufre y quien se conmueve y reacciona. A este amor así estructurado se le llama «misericordia», y es más que una acción, es una re-acción ante el sufrimiento ajeno interiorizado y es motivado sólo por ese sufrimiento. (Sobrino, 1992, p. 32-33)⁴

Este tipo de amor es el que mejor describe las acciones de Dios, desde el principio de la historia de la salvación: "*He visto la opresión de mi pueblo en Egipto, he oído sus quejas contra los opresores, me he fijado en sus sufrimientos y he bajado a liberarlos*" (Ex 3,7s), este escuchar el clamor de un pueblo sufriente, fue el único detonante de la misericordia de Dios, que se materializa en la acción liberadora del pueblo oprimido y tiene una particularidad: se mantiene durante toda la historia y puede descubrirse aún hoy, en las vidas de cada uno de nosotros. Esta permanencia en el tiempo conlleva también la denuncia de las estructuras y políticas de iniquidad.

2. Bogotá, capital de Colombia

2.1 Breve reseña histórica de su fundación y su configuración como ciudad

El año de 1492, marcó el inicio de una época de prosperidad para España, por cuenta de la reconquista de la península por parte de los Reyes Católicos, que anexionaron Granada (último reducto musulmán en el país) a la Corona de Castilla y el descubrimiento de América por

³ Sobrino, Jon. El principio-misericordia. Bajar de la cruz a los pueblos crucificados. Sal Terrae. Santander. 1992. Pág. 32-33.

⁴ Idem.

Cristóbal Colón⁵ en su viaje en búsqueda de nuevas rutas comerciales hacia oriente. Estos acontecimientos dieron inicio a la época de la conquista, la colonia y la evangelización de América: junto con los conquistadores, llegaron también los primeros monjes evangelizadores con la misión de convertir a los nativos americanos en devotos creyentes y practicantes del cristianismo.

Sin embargo, desde el principio, la tarea evangelizadora de los primeros misioneros no dio los frutos esperados, ni por el lado de los nativos, ni por el de los conquistadores o colonizadores en quienes estaba la responsabilidad de la vivencia cristiana que motivaría e impulsaría la conversión de los nativos, por la fuerza de su testimonio y de su ejemplo de vida. A pesar de que quienes vinieron a conquistar y colonizar América, eran cristianos y lo hicieron en el nombre de Dios, sabemos que todo este proceso respondió a intereses muy lejanos de los fundamentos del cristianismo, incluso las mismas motivaciones de la Corona Española, poco tenían de querer ganar estos pueblos para los hijos de Dios.

Y por el lado de los evangelizadores, los resultados de su tarea no fueron muy confiables, en la medida en que lo que se produjo fue un sincretismo en la fe de los nativos, quienes terminaron mezclando sus creencias propias con aquello que debían creer, según los primeros misioneros.

En todo caso, por la vía de la coacción más que de la convicción, América fue adoctrinada, porque no podría decirse que evangelizada, debido a que fue un proceso que violentó una cultura nativa que estaba cimentada hacía mucho tiempo, con sus propias creencias y cosmovisiones, para llevarla a creer y aceptar unos preceptos que les eran desconocidos, extraños e indiferentes. Además de que quienes iniciaron a los nativos en la fe cristiana, no lo hicieron desde el Evangelio, sino para responder a la mezquindad de una Corona y de unos colonizadores que tenía cada uno, sus propios intereses. Pero aun así, bajo los preceptos católicos romanos, América fue colonizada.

De esta manera, la religión y la Iglesia Católica jugaron un papel determinante en el proceso de fundación y configuración de las ciudades de América: se puede decir que fue la Iglesia

⁵ Cristóbal Colón, Cristoforo Colombo en italiano o Christophorus Columbus en latín. Nació en Génova, en 1436 y murió en Valladolid, Reino de Castilla, el 20 de mayo de 1506. Fue navegante, cartógrafo, almirante, virrey y gobernador general de las Indias Occidentales al servicio de la Corona de Castilla. Colón sostenía que se podía llegar al lejano oriente (conocido en la época como «Las Indias») desde Europa navegando por el Océano Atlántico hacia el oeste, y que era posible realizar el viaje por mar con posibilidades de éxito. Con éste objetivo, Colón proyectó su viaje con el fin de traer de oriente mercancías, en especial especias y oro y no sólo logró arribar a las costas de América, sino que regresó a Europa, realizando un total de cuatro viajes y dando origen a una ruta para la navegación periódica y segura entre Europa y América.

la que definió toda la cultura en el tiempo de la colonia: alrededor de los templos crecieron las ciudades y adquirieron sus características propias y fue el cristianismo la única religión permitida, durante éste período de la historia.

Mención especial merece el tema de la esclavitud, como una práctica que se mantuvo durante siglos sin que generara ningún tipo de cuestionamiento o reflexión, el hecho de considerar a algunos seres humanos como herramientas parlantes y privarlos de todo tipo de derechos. La esclavitud era una práctica que simplemente se veía y se aceptaba como normal.

Estos esquemas ampliamente inquitativos, han trascendido el tiempo, han encontrado su lugar en las diferentes épocas y contextos de la historia y aunque no seamos completamente conscientes de ello, han sido aceptados, legitimados, procurados y hasta defendidos como una manera de conservar el orden y la costumbre comúnmente aceptada y vivida.

Un claro ejemplo se puede ver en Bogotá, en su proceso fundacional y en su configuración como ciudad. Concretamente la ciudad colonial, se fundó en nombre de Dios, creció alrededor de la primera catedral y se configuró bajo los principios cristianos católicos impartidos por Fray Domingo de las Casas y los primeros monjes dominicos que llegaron a las tierras de los Muisca.

Sin embargo, y desde el principio, la Bogotá de la Colonia no escapó al choque cultural que supuso la conquista y sus consecuencias de imposición, dominación, usurpación de la tierra, absorción de la cultura nativa, opresión, violencia y muerte. Es decir, desde su fundación, puede evidenciarse que la configuración de la ciudad iba por un lado y su evangelización por otro, a pesar de que la ciudad se hacía en nombre de Dios y alrededor del cristianismo como sustento ético y moral.

La ciudad fue fundada por el conquistador Gonzalo Jiménez de Quesada⁶, en donde actualmente se encuentra el barrio de la Candelaria, el 6 de agosto de 1538, con el nombre de Santafé de Bogotá. Desde la fundación y durante todo el siglo XVI, la ciudad inició su despegue y poco a poco fue definiendo el perfil urbano que la caracterizó durante varios siglos. En 1557 queda marcada la orientación hacia el Norte con la construcción del Puente de San Miguel y la Plaza de San Francisco, mientras que de la Plaza Mayor hacia el sur, todavía en 1568 no había ninguna construcción. En 1585 se crearon dos nuevas parroquias, además de la inicial de la

⁶ Gonzalo Jiménez de Quesada, nació en Granada, España, probablemente en 1499. Su padre Luis o Gonzalo era natural de Córdoba y su madre Isabel de Rivera, pertenecían a la clase media-alta. Jimenez de Quesada, al igual que su padre estudió derecho y ejerció como abogado en la Real Cancillería de Granada hasta la época en que se embarcó en la primera expedición hacia el nuevo mundo, en 1536.

Catedral, hacia el norte la parroquia de las Nieves y al Sur la de Santa Bárbara. Trece años después se erigió la cuarta parroquia, la de San Victorino. Así la trama de la ciudad se fue formando alrededor de los lugares de culto, donde la parroquia cumplía múltiples funciones, como centro administrativo, político, social y familiar, además del religioso. Hacia el año 1600, de las 18 edificaciones construidas, trece eran religiosas.

El rápido crecimiento hizo que fuera necesaria la mano de obra indígena y el uso de la tierra. Fue el momento en que los conquistadores empezaron a “hacer uso” de los nativos, a esclavizarlos, como la única manera de utilizar adecuadamente esta fuerza que ellos veían aún en la edad primitiva de la caza, la pesca y la recolección de frutos.

Así empezó el período de los grandes abusos y sometimientos a los que fueron reducidos los indígenas por cuenta de los conquistadores, justificado en la doctrina de la infidelidad por cuenta del paganismo y la idolatría de que se acusaba a los nativos y por lo que estaba bien esclavizarlos, con este argumento la conquista y el trabajo indígena adquirieron un carácter de barbarie, crueldad y explotación. Pero aun así, los indígenas participaron en la construcción de obras públicas, conventos, iglesias, viviendas, acueductos, el abasto de alimentos y de leña, además de labores de servicio doméstico y el cultivo de huertas en los solares de las casas. (Zambrano, 2007, p. 85) ⁷.

Las nuevas posibilidades de trabajo en la ciudad, produjeron que la población indígena se desplazara de sus tierras, empezando así el proceso de migración que ha acompañado a la capital, incluso hasta nuestros días. Era de tal magnitud este flujo de fuerza de trabajo aborigen, que para entonces la población indígena era mayoritaria en Santafé: se calcula que en 1688 la población estaba conformada por 3.000 españoles y 10.000 indios. Sin embargo, esta situación varió con el transcurso de la Colonia: para el siglo XVIII el mestizaje fue absorbiendo a la población indígena. En el censo de 1778 representaban cerca del 10%, mientras que los mestizos oscilaban entre 35% y 45% de la población. (Zambrano, 2007, p.90) ⁸.

Es de resaltar el surgimiento de un nuevo estrato social conformado por los criollos, hijos de españoles, nacidos en América, quienes, por su posición social y económica privilegiada, frente a los americanos, fueron quienes ejercieron los cargos de poder en la organización política de la Colonia de los siglos XVII y XVIII, pero sin mayor reconocimiento por parte de los “chapetones” (españoles), quienes en realidad siempre maltrataron, abusaron, despreciaron y extorsionaron con

⁷ Zambrano y otros. Historia de Bogotá: Conquista y Colonia. Siglo XIX, Siglo XX.

⁸ Ibid.

el sistema tributario a los criollos, a los indígenas y a los negros venidos de ultramar. Esto fue cimentando la posterior guerra de independencia.

A medida que avanzaba la conquista y la colonia y se consolidaba la ciudad, se gestaban también situaciones de dinámica y diferenciación social entre sus habitantes, motivadas por la integración de los fundadores con los pobladores nativos, el interés por el oro que se creía había en estas tierras y el crecimiento de la ciudad, con las consecuentes implicaciones de orden organizativo y político.

A la par de la influencia religiosa, se fue cimentando en la ciudad, el esquema social de las marcadas diferencias entre unos pocos privilegiados y la mayoría marginada y la clara estratificación social donde cada quien sabía cuál era su lugar y lo difícil que resultaba para cualquiera alterar su situación. En la sociedad de la colonia, se sabía a quién había que acudir para conseguir un favor, con quién era conveniente relacionarse o emparentar y a quién había que adular para obtener algún beneficio en el futuro.

La circunstancia de ser una ciudad producto del proceso violento de la conquista, que irrumpió en unas tierras que estaban ya habitadas por un pueblo pacífico de agricultores y orfebres, organizado según una cultura delineada con los siglos, pero compacta, disciplinada y muy alejada de los códigos de los inmigrantes españoles, propició que el germen de la iniquidad presente en el violento choque cultural que fue la conquista y la colonia, empezara a cimentarse y a crecer.

Luego vino todo el proceso de configuración de ciudad enmarcado en las dinámicas que generaron las profundas diferencias sociales entre los conquistadores, los nativos, los nacidos en estas tierras y los mestizos, todo ello, gestor de injusticia, discriminación, desigualdad de oportunidades, desigualdad de recursos, movimiento de influencias, en una palabra, iniquidad.

Y es esta misma iniquidad, la que puede encontrarse fácilmente hoy en día en la ciudad y que se manifiesta en sus indicadores de pobreza, corrupción administrativa, desigualdad social e ineficiencia. Todo en medio de una sociedad que se declara bautizada y católica, es la paradoja de la ciudad de hoy, que se generó desde su fundación: una ciudad hecha y habitada por cristianos, pero que no viven como cristianos.

2.2 Encuentro del cristianismo con la Bogotá iniquitativa. El principio misericordia aplicado a esta ciudad

De la sucinta reseña anterior del esquema colonial en el momento de la fundación de Bogotá, se puede deducir que la humanidad ha convivido con la iniquidad, por encima de cualquier creencia religiosa que pueda plantear un esquema diferente de vida.

Siempre ha prevalecido el interés particular, el beneficio propio, la conveniencia de lo “mío”, antes que lo “nuestro” o lo del “otro”. El sentido político de lo comunitario, si bien, se gestó en la sociedad griega como el ideal de convivencia pacífica, no ha pasado de ser un ideal al que se quiere tender, pero nunca pareciera alcanzarse.

Por esta razón, el cristianismo ha ido siempre en contracorriente con los desarrollos sociales de la historia, con los códigos de cimentación de las sociedades y configuración de las ciudades. Desde la Colonia, una época profundamente marcada por la Iglesia Católica, se puede evidenciar que su acción evangelizadora, poco ha logrado permear para transformar los esquemas de iniquidad.

Pareciera que el mal, el pecado, la iniquidad, se han abierto paso más fácilmente a través de la historia, que la Teología Cristiana de la solidaridad, la fraternidad, la preocupación de los unos por los otros, el compartir, el vivir al estilo de Jesús, como fue anunciado y promovido por los monjes evangelizadores desde el principio, a pesar de la gran influencia que la Iglesia Católica tuvo en la época de la Colonia, en diversos aspectos desde la arquitectura, hasta la educación, la salud y la moral.

Por ejemplo, basta recordar que fue la Iglesia la que definió las normas de comportamiento aceptables, la moral de la familia, los contenidos de los estudios en los colegios y universidades, las fiestas adecuadas y la manera de celebrarlas, las relaciones sociales y la cultura en general, pero no parece que esta influencia hubiera sido determinante en la configuración de la sociedad, sólo aparente.

Concretamente en Bogotá, el cristianismo, siempre presente, sigue interpelando a su sociedad iniquitativa de manera cada vez más evidente, clara y contundente, de la mano de la reflexión teológica y la evolución de la creencia. Así, hoy en día, se puede identificar una bogotanitas como en su momento se identificó una romanitas, en el sentido del esquema de dominación, de opresión, de conquista y de violencia, por la vía de la victoria militar en la guerra, en nombre de la paz y el progreso (*pax romana*); y el esquema de dominación actual, por la vía del consumo, la publicidad, la manipulación, el crédito, en nombre de la paz, el progreso y la calidad de vida.

Bajo esta nueva teología imperial de la economía de capital, que se expresa en la bogotanitas, la sociedad capitalina, idolatra a dos nuevos dioses: el dinero y el mercado. Y bajo su influencia, ha desarrollado nuevas esclavitudes: el consumo, el prestigio, la apariencia, el facilismo, el individualismo.

La economía de capital se basa en el poder del mercado, en el ánimo de lucro o de generación de utilidades en el juego de la oferta y la demanda y la libre competencia. La economía capitalista cree que el capital y su rendimiento es suficiente incentivo para que crezca y se desarrollen las sociedades, al ser libres de encontrar y utilizar los recursos y las oportunidades que se presentan.

Pero esta libertad, fácilmente se convierte en un libertinaje que favorece una atroz competencia por acceder a los medios de producción que pueden generar las mayores utilidades y margina a quienes no cuentan con los recursos o las habilidades suficientes y necesarias para producir. Ninguna economía de mercado puede desarrollarse de manera equilibrada debido a que las fuerzas que manipulan la competencia dejan siempre una estela de ganadores y perdedores.

Así, la necesidad de ganar para asegurar mínimos niveles de satisfacción de necesidades, lleva a la población a desconocer a sus semejantes, a relativizar sus principios éticos y morales de comportamiento y a empeñar sus energías y sus esfuerzos en superar o dominar a los demás para acceder a los escasos recursos de la economía de capital, que pueden asegurar utilidad.

De ésta manera, la bogotanitas favorece la prevalencia de dominadores y dominados, de superiores e inferiores, de mejores y peores, de pobres y ricos, bajo el criterio de que quien tiene más, sabe más o puede más, es el ganador. Por esa vía, quien tiene más recursos para producir mayores utilidades, ya sean propios o heredados, supera a los demás; quien tiene mayores oportunidades para acumular academia y títulos universitarios, sabe más y domina a los demás y quien ostenta beneficios por su apariencia, su procedencia, sus habilidades, sus relaciones o sus contactos, puede más y va delante de los demás.

Pero siempre serán unos pocos sobre otros muchos, especialmente en sociedades donde la cantidad de la población es tan grande, que por sí misma, genera desequilibrios en la distribución de los recursos, es decir, es imposible que haya siempre para todos, que todos alcancen, que todos puedan, que todos superen.

Esto es lo que genera los escandalosos niveles de inequidad que se viven en las grandes ciudades, como Bogotá y nos plantea la necesidad de profundizar la reflexión y el diálogo para

analizar el modelo social, económico y político que rige esta ciudad conformada mayoritariamente por cristianos católicos.

En primer lugar, es evidente que el modelo social de división en estratos socio-económicos (modelo basado en la división social según el tipo de vivienda, que se gestó en los años ochenta para que quienes más tenían, pudieran subsidiar a quienes tenían menos en cobros de servicios públicos e impuestos) ha marcado en Bogotá, la manera como se entiende y se comporta la ciudad. Los estratos han potenciado las diferencias sociales y económicas y los imaginarios que circulan respecto a dónde están los pobres y dónde los ricos.

Los estratos han determinado los criterios de valor de las personas: según el estrato al que se pertenece se puede ser mejor aceptado socialmente, mejor considerado laboralmente y mejor valuado como sujeto deseable de relación. Este modelo social de organización, ha definido de tal manera la forma como las personas se ubican en la ciudad, que ya todos conocen claramente cuál es su lugar y qué pueden hacer o esperar como consecuencia.

Por ejemplo, pertenecer a los estratos 5, 6 y 7 garantiza la posibilidad de acceder a mejores empleos, a mayores oportunidades de créditos, de referencias, de acceso a la educación privada, a la salud pre-pagada, de pertenencia a asociaciones o clubes o a las instancias de toma de decisiones como el Consejo de la ciudad o las juntas directivas de las empresas, debido a que una persona de estratos inferiores, no podría siquiera considerar esta posibilidad porque de antemano sabe que ésta condición, no la ubica bien en las escalas de educación, de relación, de procedencia, de contactos, de desarrollo y de progreso. Y ascender en esta escala supone grandes esfuerzos especialmente para superar los imaginarios que existen sobre la pertenencia a uno u otro estrato socio-económico, lo cual fomenta la deshumanización.

Por otro lado, el modelo económico de la bogotanas, privilegia a quien puede competir porque tiene acceso a los medios de producción. Es decir, en la economía de capital, existen unos cuantos capitalistas o terratenientes o empresarios, que son dueños de la tierra, del dinero, de las fábricas, de las marcas, de la información, de los adelantos tecnológicos, de las patentes, que necesitan fuerza de trabajo para que esos medios produzcan utilidades para sí mismos. Por esto contratan trabajadores que sólo cuentan con su fuerza para trabajar y hacer producir esos medios que no les pertenecen. En ocasiones, el trabajador puede contar con el conocimiento o la experticia, pero no tiene el dinero suficiente para trabajar por sí mismo, por lo

que tiene que vender su trabajo a un comprador, el cual se convierte en cliente y patrón al mismo tiempo.

De esta manera, se genera la dinámica de producir bienes y servicios que se transan en el mercado de la oferta y la demanda, donde el principio sustentador es competir para obtener los mayores beneficios o utilidades, con el mínimo costo de producción. Es decir, se crean necesidades para estimular el consumo, que aumenta las ventas y se produce con los menores costos de materiales, mano de obra, infraestructura e insumos, lo cual aumenta las ganancias para el productor.

Este modelo económico de la bogotanitas, supone un juego perverso donde ganar implica sacar de la competencia al mayor número de productores y evitar que la fuerza de trabajo tenga acceso a los medios que generan las utilidades, es decir, los ricos dueños de los medios, son cada vez más ricos y la fuerza trabajadora se queda siempre, sin la posibilidad de cambiar su situación de supervivencia, inferioridad, marginación y pobreza.

Aunado a los modelos social y económico, la bogotanitas potencia un modelo político donde la participación y la representación están unidas a la oportunidad de tener, por lo tanto de ser. Es decir, los mismos modelos social y económico determinan el político: sólo quienes han tenido la posibilidad de la mejor educación, que se considera que es la privada, de adelantar estudios en el exterior, de entablar relaciones importantes, de manejar el poder de la información para crear criterio y opinión pública, de mover las mejores influencias, son quienes acceden a los cargos de representación política en la ciudad y a las instancias de toma de decisiones.

Pero esto propicia que el criterio de la gran mayoría de la población, sin estas posibilidades, sea creado y manejado a conveniencia de quien este mejor ubicado en el juego político de obtener la representación, lo cual desvirtúa la participación, potencia la abstención política y mina la credibilidad en las instituciones públicas de la ciudad. Así, el modelo político está manejado y sustentado por unas mismas personas o familias con sus mismas ideas e intereses particulares que se perpetúan en el poder, generación tras generación.

Este análisis de los modelos social, económico y político de la bogotanitas, permite afirmar que Bogotá es una ciudad deshumanizada y deshumanizante que, además, alimenta sus intereses a través de los medios de comunicación, los cuales se rinden también a las fuerzas del mercado y ponen a su servicio, su gran capacidad de generar opinión y crear criterio.

Esto aunado, además, al fenómeno del desplazamiento forzado que ha tenido que soportar la ciudad, en las últimas décadas, la convierte en un espacio de proliferación de diferencias: diferencias en la oferta de oportunidades, en el nivel de los ingresos, en la calidad de vida y en espacio propicio para la corrupción, la ineficiencia administrativa, la violencia y la injusticia social, entre otros.

En síntesis, la capital es hoy una ciudad marcada por la pluriculturalidad, la heterogeneidad, la complejidad, la poca planificación urbana, el desorden administrativo, la corrupción en la gestión pública y en el manejo de los recursos y los cambios vertiginosos que ha experimentado en las últimas décadas, especialmente, los crecimientos acelerados para tratar de dar cabida a tantas personas que migran en búsqueda de mejores condiciones de vida y de trabajo.

En este contexto, es que el Evangelio le habla a la ciudad. Es aquí donde el Principio Misericordia encuentra el terreno para hacerse aplicable, para reconocer el sufrimiento de los menos favorecidos en este juego de ganadores y perdedores y para identificar las fuerzas generadoras del dolor social que impera en la ciudad, de la mano de los bautizados en la Iglesia Católica, como los llamados a hacer presente y ejecutar este principio. Todo para no permanecer indiferente, para confrontar el esquema de iniquidad y no dejarse contagiar de las tendencias relativistas y secularizantes que parecen arrinconar el mensaje de la salvación como si éste hubiera dejado de ser una Buena Noticia para la sociedad capitalina del siglo XXI.

Así, el Principio Misericordia, se hace tangible en las maneras como el Evangelio confronta de frente a la iniquidad en la ciudad, llamada aquí bogotánitas.

El Evangelio confronta de frente a la bogotanitas, cuando la idolatría del dinero y del mercado que esclavizan a las personas hasta desdibujarlas totalmente en el poder del consumo, la competencia, el crédito, el exceso de trabajo sobre la vida, no dan cabida a la libertad de asumir una posición crítica, para reconocer lo superfluo del sistema, su poder de dominación, de opresión y de violencia, con el fin de encontrar la justa dimensión de éstos componentes y asumirlos sin sus excesos.

El Evangelio confronta a la bogotanitas, cuando el individualismo y la necesidad creada de tener “espacios personales de autonomía y distensión” (SS Francisco, 2013, p.45)⁹, lejos de los demás, nos pone de frente al hermano necesitado, al marginado, al sujeto sin voz que reclama a quienes todo lo tienen, por aquello que le falta: “El Evangelio nos invita siempre a correr el riesgo

⁹ SS Francisco. Evangelii Gaudium. 64

del encuentro con el otro, con su presencia física que interpela, con su dolor y sus reclamos, con su alegría que contagia en un constante cuerpo a cuerpo” (SS Francisco, 2013)¹⁰

El Evangelio confronta a la bogotanitas, cuando la despersonalización favorecida por la necesidad de competir, no da cabida a la conformación de comunidades de vida cristiana donde se comparte, se valora la diferencia, se reconoce al otro como hermano, se genera preocupación de unos por otros y se desarrolla filiación y fraternidad: “Hace falta ayudar a reconocer que el único camino consiste en aprender a encontrarse con los demás con la actitud adecuada, que es valorarlos y aceptarlos como compañeros de camino, sin resistencias internas. Mejor todavía, se trata de aprender a descubrir a Jesús en el rostro de los demás, en su voz, en sus reclamos. También es aprender a sufrir en un abrazo con Jesús crucificado cuando recibimos agresiones injustas o ingratitudes, sin cansarnos jamás de optar por la fraternidad” (SS Francisco, 2013)¹¹

El Evangelio confronta a la bogotanitas, cuando el afán de producir, ganar y consumir, ocupan todo el tiempo y las energías, suprimiendo la alegría de vivir, de contemplar, de dar, de recibir, de testimoniar, que sólo se aprenden en el conocimiento y la adhesión a la persona de Jesús: “Llamados a iluminar y a comunicar vida, finalmente se dejan cautivar por cosas que sólo generan oscuridad y cansancio interior...¡No nos dejemos robar la alegría evangelizadora!” (SS Francisco, 2013)¹²

El Evangelio confronta a la bogotanitas, cuando la inserción en los afanes de la economía de capital, evitan crecer en interioridad y espiritualidad para acercarse y conocer a Aquel que puede dar sentido a todo afán, a todo sufrimiento, a toda marginación, de la mano de la esperanza de que la cruz, es el camino de la redención: “Este relativismo práctico es actuar como si Dios no existiera...caer en un estilo de vida que los lleva a aferrarse a seguridades económicas o a espacios de poder y de gloria humana que se procuran por cualquier medio” (SS Francisco, 2013)¹³.

El Evangelio confronta a la bogotanitas, cuando las innovaciones tecnológicas y sus veloces aplicaciones en diversos campos de la vida, se apoderan de la voluntad de las personas, en una loca carrera por acceder a los últimos modelos de aparatos electrónicos, equipos de cómputo, de sonido, de audio, electrodomésticos o medios de transporte, olvidando que

¹⁰ Idem. 72

¹¹ Ibid. 74

¹² Ibid. 68

¹³ Ibid. 65-66

la mayoría de los hombres y mujeres de nuestro tiempo viven precariamente el día a día: “Hay que luchar para vivir, a menudo, para vivir con poca dignidad...Estamos en la era del conocimiento y la información, fuente de nuevas formas de un poder muchas veces anónimo” (SS Francisco, 2013)¹⁴.

El Evangelio confronta a la bogotanitas, en su esencia misma, la economía de capital, una economía de la exclusión y la inequidad, que mata, que deja sin horizontes y sin posibilidades a grandes masas de la población, considerando al ser humano, un bien de consumo que se puede usar y desechar cuando ya no es productivo, por edad o por obsolescencia. De esta manera, va más allá de explotar u oprimir, afecta la pertenencia a una sociedad, excluye por completo a quien no se ajusta a los cánones de producción y consumo: “Hemos dado inicio a la cultura del descarte, que además se promueve...No puede ser que no sea noticia que muere de frío un anciano en situación de calle y que sí lo sea una caída de dos puntos en la bolsa” (SS Francisco, 2013)¹⁵.

El Evangelio confronta a la bogotanitas, cuando la inserción en este modelo socio-económico, el frenesí de la vida y los afanes competitivos, van generando incapacidad para reconocer el sentido de lo público, para sentirse responsables de las situaciones de injusticia e inequidad, para compadecerse ante los clamores del otro: “la cultura del bienestar nos anestesia y perdemos la calma si el mercado ofrece algo que todavía no hemos comprado, mientras todas esas vidas truncadas por falta de posibilidades nos parecen un mero espectáculo que de ninguna manera nos altera” (SS Francisco, 2013)¹⁶.

La bogotanitas, es la iniquidad presente en la ciudad, un mal enquistado, consentido y hasta promovido en el seno de la sociedad capitalina, al punto que se hace imperceptible y se cristaliza en las estructuras sociales, económicas y políticas, expandiendo su poder de destrucción.

Todo esto nos lleva a constatar que, evidentemente, a pesar de los esfuerzos evangelizadores que ha realizado la Iglesia en los 500 años de historia de Bogotá, aun la práctica cristiana no nace en el corazón, en la convicción de los cristianos, en su voluntad para vivir al estilo de Jesús, es decir, el Evangelio no confronta a la bogotanitas como debería hacerlo. El cristianismo, sigue siendo una práctica movida por la conveniencia, como lo fue desde el principio, de ahí su poco impacto y su poca fuerza transformadora.

¹⁴ SS Francisco. *Evangelii Gaudium*. 45

¹⁵ Ibid. 45

¹⁶ Ibid. 46-47

Es necesario lograr el cambio de pensamiento, de perspectiva, de prioridades, de mentalidad, que constituyen la verdadera conversión, para que se evidencie desde el seno mismo de la sociedad, de adentro hacia afuera, de lo personal a lo comunitario, de lo local a lo urbano. Una Bogotá desde el Evangelio debe reconocer en primer lugar el nivel de iniquidad, de injusticia, de desigualdad, de individualismo, de indiferencia, que impera, para poder emprender un camino de re-cristianización, que lleve a los bautizados de la ciudad a enterarse, a conocer e incluso a estudiar, los fundamentos del cristianismo personificados en Jesús como el Maestro y el Señor, su estilo de vida, la base de su mensaje, los pilares del Reino que vino a presentar. Para que de esta manera, todos puedan revisar su vida, su práctica, sus creencias, sus convicciones, a la luz de un referente claro, que ha de indicar el camino del re-direccionamiento.

En esta vía y reconociendo que el mensaje del cristianismo no es para llegar a grandes masas de personas al mismo tiempo, habrá que volver a la conformación de pequeños grupos de personas que acepten experimentar la vivencia comunitaria. Personas que, por sentirse fuera del alcance del sistema dominante, pueden ser más receptivos del mensaje. Es decir: “la Iglesia tiene que entender y desarrollar su potencial conectando con las colectividades e individuos situados en los márgenes de la ciudad global y afirmándolos...aquellos que en realidad viven en las líneas de fractura y en los callejones traseros del nuevo orden global” (Davey, 2003)¹⁷”, de esta manera, la Iglesia podrá potenciar su capacidad para integrar lo local y lo global en una tensión dinámica propia, que le permita impugnar las fuerzas del poder de la nueva teología capitalista.

Esto no significa que la Iglesia tenga que abstraerse del nuevo orden mundial, al contrario, las comunidades de fe deben vivir inmersas en todos los ámbitos de la sociedad, pero su influencia y su fuerza radican en el efecto que puedan generar en los círculos inferiores de la población. Aquellos que son los que presionan los cambios y hacen coaliciones con otros agentes políticos, incluso, fuera de la oficialidad.

Pero ello supone reconocer primero, las nuevas colectividades marginales que surgen en la ciudad, por acción del nuevo orden económico y político mundial, por ejemplo, desplazados, campesinos, analfabetas, niños, adultos jóvenes, adultos mayores, asalariados de salario mínimo, integrantes de economía informal, líderes comunitarios, afrocolombianos, grupos étnicos, ecologistas, grupos con diversidad sexual, entre otros.

¹⁷ Davey. Cristianismo urbano y globalización. Recursos teológicos para un futuro urbano. 67

Estos grupos minoritarios son los que deben ser empoderados para propiciar en ellos miradas críticas, que pongan al descubierto los intereses que subyacen en los pilares de la globalización: capital, mercado, medios de producción y cultura: “los experimentos más prometedores en planificación urbana insurgente han implicado a comunidades movilizadas que forjaron coaliciones para trabajar por objetivos amplios de justicia económica, medioambiental, social y cultural, y que en ese proceso resistieron, entablaron diálogo con el Estado y participaron en él” (Sandercock, 1998)¹⁸.

Estos grupos se constituyen en comunidades de resistencia, capaces de evitar que los intereses de unos pocos configuren el futuro de la ciudad, e impongan y definan sus paradigmas: “sean residentes o forasteras, las personas de fe están llamadas a formar contra-comunidades que existan a la sombra del poder: vemos cómo se desarrollan comunidades cautivas, proféticas, exílicas, de restos, mesiánicas, apocalípticas...según las correspondientes maneras de comprender ese poder y las ciudades en que viven y dan testimonio” (Davey, 2003)¹⁹.

Y es que a estos grupos fue que Jesús dirigió su mensaje porque les ofrecía precisamente una alternativa a la espiral de injusticia imperante y centrada en la ciudad. Jesús intervino en el orden que deformaba y dividía el pueblo de Dios, creando personas marginadas y excluidas por medio de procesos de desvalorización humana, por lo que, la resistencia que encontró provenía de aquellos que tenían mucho que perder con una reorganización alrededor de la justicia y la inclusión. De ésta manera, Jesús ayuda a estas personas marginales a comprender por qué el sistema los hizo marginales, lo cual les permitió ser más receptivos al mensaje y sobre todo a la invitación a crear, en la periferia, un modo alternativo de vida comunitaria que cuestionaba directamente la hegemonía del sistema imperial. De este modo y por esa vía, las comunidades cristianas de cualquier tiempo y presentes en todos los lugares de la ciudad, desarrollan la capacidad de convertirse en agentes desafiantes, creadores de contracultura y transformadoras de sociedad, que influyen gracias a sus redes de interconexión basadas en la fraternidad, la solidaridad y el compartir.

Así, el desafío para todos los bautizados de Bogotá, es atreverse a pensar desde los marginados, los grupos minoritarios presentes en la ciudad, los sin voz y sin presencia en el esquema de la bogotanitas imperante en este momento. “Únicamente el sufrimiento compartido

¹⁸ Sandercock. Hacia Cosmópolis: la planificación de las ciudades multiculturales. 218

¹⁹ Davey. Cristianismo urbano y globalización. Recursos teológicos para un futuro urbano. 94

solidariamente faculta para percibir en los rincones oscuros de la ciudad, las responsabilidades históricas propias en tanto dolor. Él convierte en obvia la relación entre el progresivo crecimiento del producto interno bruto...y el progresivo crecimiento exponencial del sufrimiento general bruto...el sufrimiento compartido...necesitará convertirse en saber operativo...poco a poco provocará un movimiento compasivo hacia los de abajo que hará avanzar efectivamente hacia adelante la causa de la justicia en el mundo” (Tarancón, 1994))²⁰.

Este movimiento compasivo hacia los menos favorecidos se convierte en la ciudad, en acción política que puede adoptar formas clandestinas debido a que está dirigida a esta mayoría de la población quienes son los que están excluidos de cualquier tipo de participación política estructural. Pero llegar a esto, supone la existencia de una fuerza de agentes evangelizados y evangelizadores que, inmersos en la cultura de la ciudad, movilicen la reflexión, estimulen el estudio y la comprensión del mensaje, conformen pequeñas comunidades de vida cristiana que vayan dando testimonio y propicien espacios de encuentro con el Señor.

Lo anterior siempre de la mano de quienes viven y testifican ese estilo de vida alternativo, que sólo se contagia por el ejemplo, por los efectos evidenciables de la misma vivencia y por el encuentro con la persona de Jesús: “No se comienza a ser cristiano por una decisión ética o una gran idea, sino por el encuentro con un acontecimiento, con una Persona, que da un nuevo horizonte a la vida y, con ello, una orientación decisiva” (SS Benedicto XVI, 2005) ²¹.

Por lo tanto, el éxito de esta acción político-simbólica, pasa por reafirmar la vivencia cristiana de quienes viven la condición bautismal en la Iglesia Católica y volver a llegar a quienes se han bautizado, pero no viven como tales, volver a llevar el mensaje a quienes lo han olvidado o no lo reconocen, con lenguajes, medios y formas, más acordes a las nuevas circunstancias, gustos, intereses y condiciones, de forma que todos aquellos que se llaman a sí mismos católicos, en Bogotá, comprendan en profundidad lo que ello significa y el compromiso al que son llamados.

Sólo así, las pequeñas comunidades de vida cristiana que puedan conformarse, serán verdaderos agentes constructores de la contracultura que necesita la ciudad, como acción político-simbólica, para avanzar en el camino de la paz, a través de la justicia social y ser fermento de una

²⁰ Tarancón y otros. Cristianismo i justicia. De cara al tercer milenio. Lecciones y desafíos. 92

²¹ SS Benedicto XVI. Carta Encíclica Deus Caritas Est. Introducción.

sociedad bogotana: “más justa, reconciliada, solidaria, misericordiosa y que cuida la creación” (Arquidiócesis de Bogotá, 2013)²² .

Conclusión

Con la iniquidad siempre presente, puedo concluir que desde que el Cristianismo apareció en el mundo, fue el encargado de cuestionar los esquemas sociales, políticos y económicos imperantes. Toda la teología cristiana confronta de frente los modelos con los que fueron configuradas las ciudades y establece la fuerza en contracorriente y la capacidad transformadora del mensaje del Cristianismo.

En esta confrontación está presente el Principio Misericordia, de la mano de la Iglesia, como la institución de ministros ordenados y creyentes laicos, que lo han hecho posible a través de la historia. Pero podría concluirse al respecto, que si la sociedad no ha podido superar los esquemas de iniquidad ampliamente descritos en este trabajo, es porque la vivencia del cristianismo no ha tenido la suficiente fuerza transformadora. Y habría que afirmar que esto es verdad, en la medida en que la Iglesia está conformada por seres humanos sumidos en la ambigüedad de su débil condición que los hace debatir sus elecciones y sus decisiones entre el pecado y la virtud. El mensaje tiene en sí mismo la fuerza transformadora suficiente, pero necesita de la voluntad de los seres humanos para vivirlo, para permearlo en los dinamismos sociales y para hacerlo constructor de historia y cultura.

Es por esto que se impone la necesidad de la conformación de pequeños grupos o comunidades de vida cristiana que den ejemplo y sean la evidencia de que esta utopía es posible de realizar aún en medio de las circunstancias adversas que vive esta ciudad.

Espero con este artículo, hacer una contribución a la reflexión teológica desde la ciudad actual, como modelo de convivencia, sus componentes, sus complejidades y sus posibilidades de vida cristiana.

²² Arquidiócesis de Bogotá. Plan de Evangelización, 2013-2022. 23

PREGUNTAS PARA LA REFLEXIÓN

1. ¿Qué otros aspectos se pueden tener en cuenta para seguir investigando la ciudad como el lugar de concentración de la experiencia comunitaria por excelencia y de desarrollo de las mejores posibilidades de humanización?
2. Al considerar la iniquidad como categoría teológica de investigación, ¿cómo podría abordarse desde otras disciplinas como la psicología, la política, la ética, la moral e incluso la arqueología?
3. Partiendo de los elementos considerados en este artículo ¿cuáles podrían ser los aspectos constitutivos de una pastoral urbana para las ciudades del siglo XXI?

BIBLIOGRAFÍA

- ARQUIDIÓCESIS DE BOGOTÁ. Plan de Evangelización 2013-2022.
- BENEDICTO XVI. Carta Encíclica Deus Caritas Est. Roma. 2005
- DAVEY, Andrew. Cristianismo urbano y globalización. Recursos Teológicos para un futuro urbano. Sal Terrae. Santander. 2003
- FRANCISCO. Exhortación Apostólica Evangelii Gaudium. Roma. 2013.
- SANDERCOCK, Leonie. Hacia cosmópolis: la planificación de las ciudades multiculturales. Jhon Wiley Ed. Londres. 1998
- SOBRINO, Jon. El principio-misericordia. Bajar de la cruz a los pueblos crucificados. Sal Terrae. Santander. 1992
- TARANCÓN V. Enrique y otros. Cristianismo: justicia de cara al tercer milenio. Lecciones y desafíos. Editorial Sal Terrae. Barcelona. 1994.
- ZAMBRANO Pantoja Fabio. Historia de Bogotá Siglo XX. Villegas editores. Bogotá. 1979.